

Y ambos maldicen su estrella,
Callando el padre severo
Y suspirando la bella,
Porque nació muger ella,
Y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
En esperar y gemir,
Y las guerras acabaron,
Y los de Flandes tornaron
A sus tierras á vivir.

Pasó un día y otro día,
Un mes y otro mes pasó,
Y el tercer año corria;
Diego á Flandes se partió,
Mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena,
Doraba el sol de occidente
Del Tajo la vega amena,
Y apoyada en una almena
Miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
Las riberas azotando
Bajo las murallas solas,
Musgo, espigas y amapolas
Ligeramente doblando.

Algun olmo que escondido
Creció entre la yerba blanda,
Sobre las aguas tendido
Se reflejaba perdido
En su cristalina banda.

Y algun ruiseñor colgado
Entre su fresca espesura,
Daba al aire embalsamado
Su cántico regalado
Desde la enramada oscura.

Y algun pez con cien colores
Tornasolada la escama,
Saltaba á besar las flores
Que exalan gratos olores
A las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
El torreón se dibuja,
Como el contorno redondo
Del hueco sombrío y hondo
Que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
El rigor de su fortuna,
Y así la tarde pasaba
Y al horizonte trepaba
La consoladora luna.

A lo lejos por el llano
En confuso remolino
Vió de hombres tropel lejano,

Que en pardo polvo liviano
Dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
Y llegando recelosa
A las puertas del Cambrón,
Sintió latir zozobrosa
Mas inquieto el corazón.

Tan galán como altanero
Dejó ver la escasa luz,
Por bajo el arco primero
Un hidalgo caballero
En un cebra'lo andaluz.

Jubón negro acuchillado,
Banda azul, lazo en la hombrera,
Y sin pluma al diestro lado
El sombrero derribado
Tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
Bota de ante, espuela de oro,
Hierro al cinto suspendido,
Y á una cadena prendido
Agudo cuchillo moro.

Vienen tras ese ginete
Sobre potros jerezanos
De lanceros hasta siete,
Y en adarga y coselete
Diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés
Gritando:—¡Diego, eres tú!—
Y él viéndola de través
Dijo:—¡Voto á Belcebú,
Que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido
Tal respuesta al escuchar,
Y á poco perdió el sentido,
Sin que mas voz ni gemido
Volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas
Encomendóla á su gente,
Diciendo:—¡Malditas viejas,
Que á las mozas malamente
Enloquecen con consejas!—

Y aplicando el capitán
A su potro las espuelas
El rostro á Toledo dan,
Y á trote cruzando van
Las oscuras callejuelas.

IV.

Así por sus altos fines
Dispone y permite el cielo,
Que puedan mudar al hombre
Fortuna, poder y tiempo.

V

Era entonces de Toledo
Por el rey gobernador
El justiciero y valiente
Don Pedro Ruiz de Alarcón.
Muchos años por su patria
El buen viejo peleó;
Cercenado tiene un brazo,
Mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
Los jueces en rededor,
Los corchetes á la puerta
Y en la derecha el bastón.
Está, como presidente
Del tribunal superior,
Entre un dosel y una alfombra
Reclinado en un sillón,
Escuchando con paciencia
La casi asmática voz,
Con que un tético escribano
Solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
Al murmullo arrullador,
Los jueces medio dormidos
Hacen pliegues al ropón,
Los escribanos repasan
Sus pergaminos al sol,
Los corchetes á una moza
Guiñan en un corredor,
Y abajo en Zocodover
Gritan en discordes son
Los que en el mercado venden
Lo vendido y el valor.

Una muger en tal punto
En faz de grande aflicción,
Rojos de llorar los ojos,
Ronca de gemir la voz,
Suelto el cabello y el manto,
Tomó plaza en el salón,
Diciendo á gritos:—¡Justicia,
Jueces, justicia, señor!—
Y á los pies se arroja humilde
De Don Pedro de Alarcón,
En tanto que los curiosos
Se agitan al rededor.
Alzóse cortés Don Pedro
Calmando la confusión
Y el tumultuoso murmullo
Que esta escena ocasionó,
Diciendo:

—Muger, ¿qué quieres?—

Quiero justicia, señor.—

¿De qué?—

—De una prenda hurtada.—

—¿Qué prenda?—

—Mi corazón.—

—¿Tú le diste?—

—Le presté.—

—¿Y no te le ha vuelto?—

—No.

—¿Tienes testigos?—

A Flandes partió Martínez
De soldado aventurero,
Y por su suerte y hazañas
Allí capitán le hicieron.
Segun alzaba en honores
Alzábase en pensamientos,
Y tanto ayudó en la guerra
Con su valor y altos hechos,
Que el mismo rey á su vuelta
Le armó en Madrid caballero,
Tomándole á su servicio
Por capitán de lanceros.
Y otro no fué que Martínez
Quien á poco entró en Toledo,
Tan orgulloso y ufano
Cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro á quien se dirige
Cobrado el conocimiento,
La amorosa Inés de Vargas,
Que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo
Olvidó su nombre mesmo,
Puesto que Diego Martínez
Es el capitán Don Diego,
Ni se ablanda á sus caricias
Ni cura de sus lamentos;
Diciendo que son locuras
De gente de poco seso,
Que ni él prometió casarse
Ni pensó jamás en ello.
¡Tanto mudan á los hombres
Fortuna, poder y tiempo!
En vano porfiaba Inés
Con amenazas y ruegos;
Cuanto mas ella importuna
Está Martínez severo.
Abrazada á sus rodillas
Enmarañado el cabello,
La hermosa niña lloraba
Prostrada por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
Porque el capitán Don Diego
No ha de ser Diego Martínez
Como lo era en otro tiempo.
Y así llamando á su gente
De amor y piedad ageno,
Mandoles que á Inés llevaran
De grado ó de valimiento.
Mas ella, antes que la asieran,
Cesando un punto en su duelo,
Así habló, el rostro lloroso
Hacia Martínez volviendo:
—“Contigo se fué mi honra,
Conmigo tu juramento;
Pues buenas prendas son ambas,
En buen fiel las pesaremos.”—

Y la faz descolorida
En la mantilla envolviendo,
A pasos desatentados
Salióse del aposento.

—¿Y promesa?—
—Sí, ¡por Dios!
Que al partirse de Toledo
Un juramento empenó—
—¿Quién es él?—

—Diego Martínez.—
—¿Noble?—

—Y capitán, señor.
—Presentadme al capitán,
Que cumplirá si juró.—
Quedó en silencio la sala;
Y á poco en el corredor
Se oyó de botas y espuelas
El acompasado son.
Un portero, levantando
El tapiz, en alta voz
Dijo:—El capitán don Diego.—
Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
Llenos de orgullo y furor.
—¿Sois el capitán don Diego,
Díjole don Pedro, vos?—
Contestó altivo y sereno
Diego Martínez.

—Yo soy—

—¿Conoceis á esta muchacha?
—Ha tres años, salvo error.—
¿Hicisteis el juramento
De ser su marido?—

—No.—
—¿Jurais no haberlo jurado?—
—Sí juro.—

—Pues id con Dios.
—¿Miente!—clamó Inés llorando
De despecho y de rubor.
—Muger, ¡piensa lo que dices!...
—Digo que miente, juró.—
—Tienes testigos?—

—Ninguno.—
—Capitán, idos con Dios,
Y dispensad que acusado
Dudara de vuestro honor.

Tornó Martínez la espalda
Con brusca satisfacción,
E Inés, que lo vió partirse,
Resuelta y firme gritó:
—Llamadle, tengo un testigo.
Llamadle otra vez, señor.—
Volvió el capitán don Diego,
Sentóse Ruiz de Alarcón,
La multitud aquietóse
Y la de Vargas siguió:
—Tengo un testigo á quien nunca
Faltó verdad ni razón.—
—¿Quién?—
—Un hombre que de lejos
Nuestras palabras oyó
Mirándonos desde arriba.—
—¿Estaba en algún balcón?—
—No, que estaba en un suplicio
Donde ha tiempo que espiró.—

—¿Luego es muerto?—
—No, que vive.—
Estais loca, ¡vive Dios!

—¿Quién fué?—
—El CRISTO de la Vega,
A cuya faz perjuró.—
Pusiéronse en pié los jueces
Al nombre del Redentor,
Escuchando con asombro
Tan escelsa apelación.
Reinó un profundo silencio
De sorpresa y de pavor.
Y Diego bajó los ojos
De vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,
Y levantóse diciendo
Con respetuosa voz:

—“La ley es ley para todos,
Tu testigo es el mejor,
Mas para tales testigos
No hay mas tribunal que Dios.
Haremos... lo que sepamos;
Escribano, al caer el sol
Al CRISTO que está en la Vega
Tomareis declaración.

VI.

Es una tarde serena
Cuya luz tornasolada
Del purpurino horizonte
Blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
Sus hojas plegando exhalan,
Y el céfiro entre perfumes
Mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
Con suave rumor las aguas,
Y las aves en la orilla
—Despidiendo al día cantan.

Allá por el miradero
Por el Cambrón y Visagra,
Confuso tropel de gente
Del Tajo á la Vega baja.
Vienen delante don Pedro
De Alarcón, Iban de Vargas,
Su hija Inés, los escribanos,
Los corchetes y los guardias;
Y detrás monges, hidalgos,
Mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
En la Vega les aguarda,
Cada cual comentariando
El caso segun le cuadra.
Entre ellos está Martínez
En apostura bizarra,
Calzadas espuelas de oro,
Valona de encaje blanca,
Un pié delante del otro,
Y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo

“¿Juró á Inés Diego Martínez
“Por su mujer desposarla?
Asida á un brazo desnudo
Una mano atarazada
Vino á pesar en los autos
La seca y hendida palma,
Y allá en los aires—¡SÍ JURO!—
Clamó una voz mas que humana.
Alzó la turba medrosa
La vista á la imágen santa...
Los lábios tenia abiertos,
Y una mano desclavada.

CONCLUSION.

Las vanidades del mundo
Renunció allí mismo Inés,
Y espantado de sí propio
Diego Martínez también.
Los escribanos temblando
Dieron de esta escena fé,
Firmando como testigos
Cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
Y una capilla con él,
Y don Pedro de Alarcón
El altar ordenó hacer,
Donde hasta el tiempo que corre,
Y en cada año una vez,
Con la mano desclavada
El crucifijo se ve.

TERCERA PARTE.

A ROMA.

Aun niño me contaron
Un *no sé qué* de Césares y reyes,
De alcázares que alzaron,
De imperios que asolaron
Para escribir con sus escombros leyes.

Y yo me imaginaba
Allá en mi débil pensamiento loco
Cuando en Roma pensaba,
Que cuanto grande hallaba
Para finjirlo en Roma era bien poco.

Palacios imperiales,
Circos y templos, acueductos, fuentes,
Trofeos colosales,
Obeliscos triunfales,
Termas, jardines, pórticos y puentes,

Perfumes, y oro, y ruido,
Y sabios, y vestales, y guerreros
Soñé desvanecido.

Y todo confundido
Como los días de mi edad primeros.

¡Pobre niño ambicioso!
No conté con las sordas tempestades
Del tiempo proceloso,
Que arrebató impetuoso
Reyes, palacios, gentes y ciudades.

Y ciego y exhalado
A impulso de mi joven fantasía
Volé desatentado
A ver lo atesorado,
Lo que pensaba yo que no moría.

Tras ese haz de despojos
Que al ancho Tiber las espaldas doma,
Me prosterné de hinojos,
Para tornar los ojos
A sorprender la eternidad de Roma.

Y ahí encontré tendida
Esa Roma, terror de las naciones,